

## EVOCAACION DE PALACIO VALDÉS

Por Marino GOMEZ SANTOS

A propósito del centenario de don Armando Palacio Valdés, quisiéramos diseñar un perfil del novelista con dos fondos distintos: uno el de los soportales de la calle de Rivero, de Avilés, escenario de su niñez; otro el de la ciudad de Oviedo, con sus viejas calles laberínticas, húmedas y abandonadas, escenario de su adolescencia.

## EN AVILES

Avilés era en 1861 una teoría de soportales. En el número ocho de la calle de Rivero vivía Palacio Valdés. Había ido allí la familia desde la aldea de Entralgo cuando Armando contaba aún pocos meses. El barrio de Rivero y el de Galiana eran rivales. Los chicos llenaban los bolsillos de piedras y a la salida de la escuela, con frecuencia, se liaban en encarnizadas batallas. Los soportales servían para resguardarse. Las luchas eran frecuentes y el final siempre parecido: un chico con una ceja partida, otro con un rasguño en la mejilla. El remedio ya se sabía de siempre. Al herido se le llevaba a la farmacia y el boticario, un viejo refunfuñón, le curaba sin olvidarse de hiltanar una arenga apropiada al caso.

Pero en Avilés no eran todo batallas a pedradas. Las había de otro tipo. Si no, que se lo pregunten a Concesa y al propio Armando. ¿Concesa? ¿Quién era Concesa? Cualquiera chico del barrio de Rivero, de Galiana, o de Villalegre, podría contestar. Concesa era una niña rubia que bailaba muy bien la giraldilla y que además, según ellos, era la novia de Armando.

Los muchachos de la calle exageraban, sin duda. Armando no había hecho más que mirarla de lejos. Era verdad que se le iba la vista. Pero nada más. Lo suficiente para que cuando Palacio cruzara la calle de Rivero empezaran a cantar:

Armando la quiere más  
que todos en general.  
Todos la quieren bastante  
pero Armando mucho más.

Años después escribe Palacio Valdés que, ya afeitándose la barba y estudiando su carrera en Madrid, habiendo ido a pasar unos días de vacaciones a Avilés, acertó a ver en un muro de una finca, escrito con carbón: "Concesa y Armando".

"Me hizo sonreír. Yo era un sabio en aquella época y desde lo alto de mi ciencia contemplaba aquellos pueriles amores con soberano deseo."

"Hoy, desde lo alto de mi experiencia, los miro con un poco más respeto".

## EN OVIEDO

En Oviedo, hacia el último tercio del siglo XIX, llegó a las aulas universitarias un joven rubio, fornido, con la nariz ancha y aplastada y unos ojos azules muy claros. No conocía él a nadie; pero los jóvenes estudiantes de bachillerato pronto le conocieron a él por su carácter pendenciero, por su rostro coloradote de chico sano y por unas puños que estaban siempre prontos al vapuleo.

En uno de estos combates se conocieron Leopoldo Alas y Palacio Valdés. Era en el Parque de San Francisco donde había ido a cumplir el desafío, desde la Universidad, el joven Armando y otro condiscípulo.

Leopoldo Alas, el que iba a ser el temido "Clarín", era entonces un chico paliducho y canijo que tenía fama de haberse leído media biblioteca universitaria y que con frecuencia publicaba versos en las revistas madrileñas, donde escribían los grandes prestigios de la literatura nacional.

Con Alas paseaban Rubín y Tomás Tuero. A ellos se unió Armando y con ellos convivió hasta muchos años después de obtener el título académico. En aquel tiempo no pasó el grupo inadverto en Oviedo. Así que concluían las clases, al anochecer, resguardados de la lluvia bajo los paraguas, iban paseando por las calles, discutiendo de cuestiones gramaticales con gran ardor. Para ellos no había más héroes en el mundo que aquellos señores que firmaban los artículos de la prensa madrileña. Alas era el ganador de casi todas las batallas lingüísticas; pero pronto se supo que en su casa tenía un diccionario de galicismos.

Mucho tiempo después, peinando ya canas, escribiría Palacio Valdés: "Cuando alguna vez voy a Oviedo y atravieso la calle de la Magdalena o Cimadevilla, me detengo conmovido y me digo: 'Aquí fué donde Leopoldo Alas me demostró que "coaligarse" era una palabra bárbara traducida del francés y que se debe decir "coligarse"; aquí fué donde Tuero me hizo ver que pronunciaba de un modo cojo cierto verso de Espronceda".

Los amigos contemporáneos de don Armando han ido muriendo casi todos; es verdad. Pero quedan lugares en Asturias que no mueran y no dejan que se olvide el recuerdo de Palacio Valdés. Por eso, sobre la casa número ocho de la calle de Rivero se ha colocado hace días una placa conmemorativa para perpetuar la memoria de su novelista: Armando Valdés.

Voluntad. Gijón. 26.XI. 53